

armoniosos, gratas tradiciones de la Fábula y de la historia:

O ubi campi,
Sperchiusque, et virginibus bachata lacenis
Taygeta ¡O qui me gelidis in vallibus Hæmi
Sistat!

Virgilio hubiera mirado con indiferencia el valle de Chamouny, el ventisquero de Taconay, el pequeño y el gran Joraso, la aguja del Dru y la peña llamada *Cabeza Negra*.

Por último, si hemos de dar asenso á Rousseau y á los que han recogido sus errores sin heredar su elocuencia, el viajero, al llegar á la cumbre de las montañas, se cree transformado en otro hombre. «En las elevadas montañas, dice Juan Jacobo, las meditaciones adquieren un carácter grande, sublime y proporcionado á los objetos que se presentan á nuestra vista: es una especie de tranquilo deleite, que nada tiene de sensual. Parece que al elevarse sobre la morada de los hombres, se dejan en ella todos los sentimientos bajos y terrenos.... Dudo que ninguna agitación violenta pueda resistir la continuación de semejante morada, etc.»

¡Pluguiese á Dios que así fuera! ¡Cuán dulce sería poder sustraerse á los males que nos abruma, sin mas que alzarse algunas toesas sobre la llanura! Por desgracia, el alma del hombre es independiente del aire y de los lugares, y un corazón abrumado de amarguras no pesa menos en las alturas que en los valles. La antigüedad, que debe ser citada siempre que se trata de verdad de sentimientos, no opinaba como Rousseau respecto de los montañas, sino que por el contrario, las representaba como asilos de la desolación y del dolor: si el amante de Julia olvida sus pesares entre los peñascos del Valés, el esposo de Euridice alimenta sus dolores en los montes de la Tracia. Apesar del talento del filósofo ginebrino, dudo que la voz de Saint-Preux resuene en el porvenir tanto tiempo como la lira de Orfeo. Edipo, este acabado modelo de las calamidades de los reyes, esta cumplida imagen de todos los males de la humanidad, busca también los lugares desiertos:

Il va
du Chyteron remontant vers les cieux,
Sur le malheur dell'homme interroger les dieux.

Finalmente, otra antigüedad, aun mas hermosa y sagrada, nos presenta los mismos ejemplos. La Escritura, que conocia mejor la naturaleza del hombre que los falsos sabios del siglo, nos muestra siempre los grandes desgraciados, los profetas, y al mismo Jesucristo, retirándose en el día de la aflicción á los lugares elevados. La hija de Jetté, antes de morir, pide permiso á su padre para ir á llorar su virginidad á las montañas de la Judea: *Super montes assumem*, dice Jeremias, *fletum ac lamentum*: «Subiré á las montañas para llorar y gemir.» Jesucristo bebió en el monte de las Olivas el cáliz lleno de todos los dolores y de todas las lágrimas de la humanidad.

Es cosa digna de ser observada que en las páginas mas razonables de un escritor que se habia declarado defensor de la moral, se descubran vestigios del espíritu de su siglo. Ese pretendido cambio de nuestras disposiciones interiores, segun el lugar que habitamos tiene ciertas ocultas analogías con el sistema de materialismo que Rousseau pretendia impugnar. Este sistema hace del alma una especie de planta sometida

á las mudanzas del aire, y que sigue y señala como un instrumento, el reposo ó la agitación de la atmósfera. Y ¿cómo el mismo Juan Jacobo hubiera podido creer de buena fe en la saludable influencia de los lugares culminantes? ¿No arrastró el desgraciado por las montañas de la Suiza, sus pasiones y sus miserias?

Solo en una circunstancia es cierto que las montañas inspiren el olvido de las turbulencias terrenas: esto es, cuando nos retiramos del mundo para consagrarnos á la Religión. Un anacoreta que se dedica al servicio de la humanidad; un santo que quiere meditar en silencio las grandezas de Dios, pueden disfrutar de alegría sobre los peñascos desiertos; pero en estos casos, no pasa al alma de los solitarios la paz de los lugares, sino que por el contrario, el alma derrama su serenidad en la region de las tormentas.

Cierto instinto universal ha inducido á los hombres á adorar al Eterno en los lugares elevados, pues parece que la oración necesita salvar menos espacio para llegar al trono de Dios, cuanto mas cercana se halla al cielo. Y como el Cristianismo era depositario de las tradiciones de este culto antiguo, nuestras montañas, y en su lugar nuestras colinas, estaban pobladas de monasterios y antiguas abadías; de aqui procedia que el hombre, que desde una ciudad corrompida se encaminaba á entregarse á los crímenes, ó por lo menos á las vanidades, descubria al levantar sus ojos, santuarios en las vecinas cumbres; y la cruz, que desplegaba á lo lejos el estandarte de la pobreza á la vista del lujo, imbuía al rico ideas de sufrimiento y de conmiseración. Nuestros poetas conocian muy poco el arte, cuando se burlaban del monte Calvario, de esas casas y esos retiros que reproducian entre nosotros los países del Oriente, las costumbres de los solitarios de la Tebaida, los milagros de una religion divina, y el recuerdo de una antigüedad que no puede ser borrada por la memoria de Homero.

Pero estas reflexiones pertenecen á un orden diferente de ideas y sentimientos, y no á la cuestion general que acabamos de examinar. Despues de haber hecho la critica de las montañas, es justo terminar con su elogio. He consignado ya que son indispensables á un hermoso paisaje, y que deben formar la lejanía ó el último término de un cuadro. Sus desiguales remates, sus descarnadas laderas, sus miembros gigantes y desagradables cuando se les examina de muy cerca, son admirables cuando en el fondo de un horizonte vaporoso se redondean y coloran en una luz fluida y dorada. Añadamos que las montañas son los manantiales de los rios, el último asilo de la libertad, en los tiempos aciagos de esclavitud, y una utilísima barrera contra las invasiones y las calamidades de la guerra. Todo lo que pido se reduce á que no se me obligue á admirar las rudas crestas de las montañas, los barrancos, los fosos, las cavernas y las sinuosidades de los valles de los Alpes. A esta condicion, diré que hay algunas montañas que visitaria aun con sumo placer, como por ejemplo, las de Grecia y la Judea. Grato me será recorrer los lugares de que mis nuevos estudios me obligan á ocuparme diariamente, y me trasladaré gustoso al Tabor y al Taigeto en busca de nuevos colores y de nuevas armonías, despues de haber pintado los montes sin nombre y los ignorados valles del Nuevo-Mundo (1).

(1) Estas palabras anunciaban el viaje á Grecia y Tierra-Santa, que realicé el año siguiente, 1803. Véase el *Itinerario*.

PENSAMIENTOS, REFLEXIONES Y MAXIMAS.

La miseria del hombre no consiste únicamente en la debilidad de su corazón, en la inconstancia de su espíritu y en la pequeñez de su razon, sino que se echa de ver en cierto fondo de ridiculidad inherente á los negocios humanos. Las revoluciones descubren especialmente esta insuficiencia de nuestra naturaleza: si se consideran en globo son impotentes, pero al penetrar en sus pormenores, se advierten tanta ineptitud y bajeza, tantas celebridades usurpadas, tantas cosas consideradas como obras del genio, siendo sin embargo, meros caprichos del acaso, que produce un asombro igual el alcance de las consecuencias y la trivialidad de las causas.

Cuando nos hallamos á alguna distancia de los hechos, y no hemos vivido en medio de las facciones y los facciosos, solo nos afecta el lado grave y doloroso de los acontecimientos; empero no sucede así cuando somos actores ó espectadores comprometidos en escenas sangrientas. Tácito, á quien la naturaleza habia hecho poeta, hubiera tal vez escrito la sátira de Petronio, si se hubiera sentado en el senado de Neron; pero pintó la tiranía de este príncipe porque vivió despues de él. Butler, dotado de un genio observador, hubiera acaso escrito la historia de Carlos I, si hubiera nacido en tiempo de la reina Ana, al paso que se contentó con rimar el *Hudibras*, porque habia visto los personajes de la revolucion de Cromwell: habialos visto hablando á todas horas de virtud, de santidad, de independencia, mientras presentaban sus manos á todas las cadenas, y se encorvaban bajo el yugo despreciable del hijo, despues de haber inmolado al padre.

Hay ciertos crímenes políticos que ya no es posible cometer impunemente á causa de la adelantada civilizacion de los pueblos. Nadie imagine que estos pueden decir sin resultado, á sus gobiernos: «Tal crimen ó tal calamidad ha sobrevenido por tu culpa.» Las bases del mismo poder vacilan á estas acusaciones, y faltándole el respeto de las naciones, su existencia corre grave peligro.

En una nacion que aun conserva la inocencia primitiva, los vicios introducidos por los extranjeros hacen progresos mas rápidos que en una sociedad ya corrompida; así, el hombre sano muere en el infecto ambiente en que vive sin esfuerzo el hombre familiarizado con él.

Puede llegarse á la libertad por dos caminos: por las costumbres y por las luces. Mas, cuando estas y

aquellas faltan á la vez; cuando no se puede ser republicano á la manera de Esparta, ni á la de los Estados-Unidos, se puede conquistar la libertad, mas no conservarla.

La posteridad se acuerda de los hombres que han transformado los imperios, pero no de los que los han restablecido, á no ser que este restablecimiento haya sido duradero. Admirase lo que crea, pero apenas se atiende á lo que conserva, pues una gran gloria cubre de tinieblas todo lo que la sigue.

Es vano empeño esforzarse por restablecer la virtud en un pueblo que la ha perdido, pues no se logrará conseguirlo. Todo encierra un principio de destruccion. ¿Con qué fin lo ha establecido Dios? Este es su secreto.

Nos admiran los triunfos de la mediania; pero al juzgar así, incurrimos en un error. La mediania no es fuerte por sí misma, sino por las demás que representa, y en este sentido su poder es formidable. Cuanto mas pequeño en poder es el hombre, conviene mas á todas las pequenezes. Comparándose todos á él, se dicen: «¿Por qué no llegaré tambien á ese puesto?» No excita la menor envidia y los cortesanos le prefieren porque pueden despreciarle, al paso que los reyes lo consideran como una manifestacion de su omnipotencia. La mediania no solo tiene todas estas ventajas para permanecer en su altura, sino que tiene un mérito mucho mayor, pues excluye del poder á la capacidad. El diputado de los necios y los imbéciles, acaricia en el ministerio dos pasiones: la ambición y la envidia.

La mediania suele ser secundada por ciertas circunstancias que dan á sus planes un aire de profundidad. Esos hombres impotentes que por medio de la muchedumbre dirigen al parecer la fortuna, son mera y sencillamente dirigidos por ella: como le dan la mano, creen que la guian.

Los hombres de genio son por lo regular hijos de su siglo, y en cierto modo lo compendian, pues representan sus luces, sus opiniones y su espíritu; pero suele acontecer que nacen demasiado pronto ó demasiado tarde. Si nacen demasiado pronto, es decir, antes que su siglo natural, pasan desapercibidos y su gloria solo empieza cuando se inaugura el siglo á que debian pertenecer; si nacen demasiado tarde, está es, despues de su siglo natural, nada pueden y no llegan á una celebridad duradera. Excitan un momento la

curiosidad, como la excitaria el viejo que pasease por las plazas públicas con el traje de su juventud. Los hombres de genio que llegan *demasiado tarde* son tan desconocidos como los que llegan *demasiado pronto*; pero no tienen como estos, un porvenir, una posteridad, una descendencia que establezca su gloria, y solo pueden ser admirados por el pasado, por sus ascendientes, y por el mudo público de los muertos.

Después de los tiempos de calamidades y de gloria, un pueblo se inclina al descanso, y por poco que se vea regido por instituciones tolerables, se deja conducir por los más oscuros ministros del mundo: esto le distrae y le divierte, pues no puede menos de reirse al comparar esos pigmeos con los gigantes que ha visto. Hay, es cierto, algunos ejemplos de leones uncidos á un carro y guiados por niños, pero han concluido siempre por devorar á sus guías.

Para los verdaderos santos y hombres superiores, la Religión es un avisador severo, que les enseña la humildad y la verdadera virtud; para los hombres de pasiones impetuosas y vulgares, sus lecciones sirven únicamente para fomentar el orgullo, dándole apariencias de virtud. «Piso la cabeza de mis amigos y enemigos: ¿quién puede, no obstante, decir que carezco de humildad? ¿No me he puesto de rodillas?»

Escuchad á ese hombre que se llama *monseñor*, y os dirá que es un plebeyo, que quiere permanecer tal, que no ha nacido para ocupar el puesto en que se mira, y que la revolución no tendrá fin sino cuando un plebeyo como él deje de ser uno de los primeros personajes del Estado. No obstante, monseñor ha llevado el gorro encarnado para dejar de ser un plebeyo, como lleva un vestido bordado y un título para salir de la misma clase. Desconfiad de la humildad de monseñor, y creed al paisano del Danubio.

Así como ciertos mendigos viven á expensas de sus llagas, ciertos hombres explotan todo, hasta el desprecio.

Basta de política sentimental, dicen los ministros. ¡Tranquileense! ningún peligro les amenaza por este lado, pues hay pocos hombres que hayan conservado su antiguo amor. No queréis ser amados: ¡teneis razón! Pero toda vez que preferís la política de hecho á la de derecho, aceptad todas sus consecuencias. El hecho nos dará el derecho de examinar si vosotros, ministros, sois buenos para algo, y si hay otro hecho de mejor ley que el vuestro.

Si recibís un bofetón, desérgad cuatro, sin mirar en qué mejilla.

Conviene postrarse en el polvo cuando se ha cometido una falta, pero no se debe permanecer en él.

Ved á ese hombre: su resentimiento no conoce límites. ¿Por qué se queja Teódulo de haber sido ultrajado por mí? ¿qué insolencia! Pero, hombre poderoso, si Teódulo tiene también su poder, sino reconoce en nadie el derecho de ultrajarle, ¿qué teneis que replicarle? El tiempo en que un cortesano hacia temblar, ha pasado; ya no hay favor posible sino para los ayudas de cámara, pues todo se reduce al valor personal. El que puede decir: «Has tenido necesidad de mí, mas yo no te he necesitado,» es en la época que atravesamos, el verdadero superior. Tal vez en otro tiempo andaban mejor las cosas, mas hoy pasan así. Los hombres han ganado en poder lo que de él ha perdido el hombre.

El vicio, la felicidad y el infortunio dependen de un

soplo. Dos horas después de la muerte, nadie se acuerda del difunto, ni se acuerda más de los que viven. ¿Qué importan nuestras alegrías, nuestros pesares, nuestra existencia, no solo á nuestro vecino, que nunca nos ha visto, sino también á la turba de los que llamamos nuestros amigos? ¿Por qué, pues, mirar la vida como cosa de importancia? En realidad no merece atención alguna.

Olvidamos algunas veces nuestros dolores y luego volvemos á tomarlos, como un fardo que hemos dejado un momento para descansar.

Concluimos por convertir en realidades los temores del cariño: una madre ve en el rostro de su hijo las señales de una enfermedad que no existe. Las demás quimeras de la vida, así en lo moral como en lo físico, producen las mismas ilusiones respecto del dolor y del placer.

Cuando penetra en nuestro espíritu un pensamiento verdadero, proyecta una luz que nos hace ver otros muchos objetos que anteriormente se nos ocultaban.

Los sentimientos de cierto orden se acrecientan en proporción de las desgracias del objeto amado: son una llama que se extiende al soplo de la tempestad.

La virtud queda olvidada algunas veces á su paso en la tierra, pero renace tarde ó temprano, y es exhumada del sepulcro como se saca del seno de la tierra una estatua antigua, que excita la admiración de los hombres.

Las personas honradas lloran muchas veces á la misma hora en que se regocijan los seres perversos; así pues, el mismo momento ve llevar á cabo una acción virtuosa y otra criminal. El vicio y la virtud son un hermano y una hermana, pues han sido engendrados por el hombre: Abel y Cain eran hijos de un mismo padre.

Hay hombres para quienes la virtud no es la virtud reconocida por los demás, pues no dan este nombre á todas las cosas regulares, sino á las inferiores, de la existencia, es decir, á esa probidad vulgar que llena exactamente sus deberes: para ellos la virtud es un arranque del alma, que nos induce al bien á espensas de nuestra felicidad ó de nuestra vida; ó bien es una fuerza que nos hace dominar nuestras más impetuosas pasiones. Esos hombres se elevan sobre el nivel de los demás, pero ¿de qué sirven en la sociedad? Como las montañas en la naturaleza, y como los monumentos gigantescos en las artes, estralimitan las proporciones conocidas: los miramos y los tememos.

Los caracteres exaltados, insoportables en las personas vulgares, unidos á un alma grande ó á un talento brillante, arrastran todo en pos de sí. Estos caracteres no se proponen seducir, y no obstante seducen; ignoran su propia fuerza, y se admiran al ver que han hecho tantos seres felices ó tantas víctimas.

Las desgracias obran sobre nosotros en razón de nuestro carácter. Un hombre podría, por ejemplo, salvarse con solo dar algunas esplicaciones, pero se niega á hacerlo, al paso que otro se promete repararlo todo hablando, y se pierde.

Cosa extraña sería que el hombre aspirase á una constancia inalterable, cuando toda la naturaleza cambia en su derredor: el árbol pierde sus hojas, el ave sus plumas, el ciervo sus astas. ¿Y solo el hombre podría decir: «Mi alma es inalterable, y cual es hoy será mañana?» ¡El hombre, cuyos sentimientos son más in-

constantes que las nubes! ¡El hombre, que quiere y no quiere! ¡el hombre, que se basta hasta de sus mismos placeres, como el niño de sus juguetes!

Es frecuente que los que se aman se juren, al principio de su felicidad, abandonar juntos la vida; pero ocurre también que como no caminan con igual ligereza, cuando el uno se halla próximo á la meta fatal, el otro no lo está, ó ya no existe.

El instinto satírico es el más aseQUIBLE de todos. Nada es tan fácil como descubrir un ridículo ó un vicio, y burlarse de él. Pero para comprender el genio y la virtud se necesitan cualidades de un orden superior.

Sí, cuando se habla de los vicios de un hombre, oís decir: «Todos lo dicen,» no lo creáis; pero si cuando se habla de sus virtudes, se aduce el mismo testimonio, creedlo.

Cuando os abrumen los pesares, fijad vuestra vista en un niño dormido, á quien no altera ningún cuidado, á quien ningún sueño alarma, y os sentireis participantes de su inocencia, y por lo tanto, tranquilos.

Cuando dos amigos sufren, dejan algunas veces transcurrir horas enteras sin hablar palabra. Y en efecto, ¿qué conversacion equivaldría á ese comercio del pensamiento, en la lengua muda del infortunio?

Los demás nos parecen siempre más felices que nosotros, y no obstante, lo singular es que el hombre que cambiaria muy gustoso su posición, nunca se prestaria á cambiar de persona. Querria, acaso, rejuvenecerse un poco, tal vez mucho, y andar derecho si es cojo; pero se reservaria el conjunto de su persona, en la que encuentra mil atractivos y cierta cosa indefinible que le encanta. Por lo que respecta á su parte moral, no haria en ella la más ligera modificación: consiste esto en que nos familiarizamos con nosotros mismos, y en que nos atrae irresistiblemente nuestra antigua compañía.

Cuando volvemos á ver en los días de la adversidad el lugar que habitábamos en las horas felices, exhálase de nuestro ser cierta tristeza formada del recuerdo de las alegrías pasadas y del sentimiento de los males presentes. ¿No hemos sido felices allí en tal época? ¿Y ahora? Aquellos lugares son, no obstante, los mismos: ¿qué es, pues, lo que ha cambiado? El hombre.

Los que alguna vez han tenido algun secreto importante que comunicar á un amigo, saben el pesar que se experimenta cuando al llegar con el corazón lleno de ternura, no se halla á este amigo ni nadie puede decirle su paradero. ¿Lo habrá arrebatado la muerte? Hé aquí la duda atroz.

Necesitanse varios secretos para reparar la hermosura corporal, pero la moral no há menester de ellos.

Cada hombre tiene un lugar particular en el mundo, donde puede decir que ha disfrutado la mayor suma de felicidad: este cálculo no exige mucho tiempo.

Una pasión dominante apaga todas las demás en nuestro corazón, bien así como el sol hace desaparecer los astros al resplandor de sus rayos.

Unos hombres viajan á la par, y se hablan poco ó nada en el camino. Aunque del mismo país, ni se entienden ni són de una misma naturaleza: unos han nacido blancos y otros negros.

La conversacion de los hombres eminentes es inteligible para las medianías, porque es preciso sobreentender y adivinar mucha parte del asunto.

Cierta extension de talento hace que nos acostumbremos fácilmente á los usos extranjeros, y que parezca que los hemos practicado durante toda nuestra vida, exceptuando cierto embarazo que no carece de gracia ó de nobleza.

¿Puede la celebridad alucinarnos hasta el punto de inspirarnos una pasión hácia lo que la naturaleza ha hecho desagradable? No lo creo: la gloria es para un viejo lo que los diamantes para una vieja: la adornan, pero no la hermosean.

Los placeres de nuestra juventud, reproducidos por nuestra memoria, se asemejan á unas ruinas vistas á una luz artificial.

Hay una edad en que algunos meses añadidos á la vida, bastan para desarrollar facultades sepultadas hasta entonces en un corazón medio cerrado: nos acostamos niños y despertamos hombres.

¿Deberemos admirarnos de que algunas horas constituyan una gran diferencia en el corazón del hombre? ¡Ah! entre la muerte y la vida media un minuto.

Nos reconciamos sin esfuerzo con un enemigo que nos es inferior por las cualidades del corazón ó del espíritu, pero nunca perdonamos al que nos sobrepuja en alma ó en genio.

Vuestro amigo acaba de partir: os creéis poderosos contra su ausencia, pero si vais á visitar su vivienda, ella os dirá lo que habeis perdido y os falta.

El que perpetra un crimen no tiene tiempo de escuchar el remordimiento, en el peligro que corre y en el tumulto de sus pasiones; pero el que solo es cómplice y confidente del crimen, sin haber tomado una parte activa en él, ese oye la voz vengadora de la conciencia, y cuenta en su retiro los minutos que transcurren: «¡Ahora sucede esto, se dice, ahora se descarga el golpe!»

¡Sí, desgraciado! Se descarga el golpe de la mano de Dios, que gravita sobre tí.

El gusano del sepulcro empieza á roer la conciencia del perverso, antes de devorar su corazón.

¿Podria, merced á ciertas circunstancias fatales, la causa más justa parecer la más injusta? ¿Puede presentarse un caso en que la inocencia no pueda probarse, y en que la víctima que perece y el juez que sentencia sean igualmente inocentes? Si así fuese, ¿qué seria de la justicia humana?

Si hay el derecho de matar á un tirano, este puede ser vuestro padre; ¿está pues, autorizado en ciertos casos el parricidio? ¿Quién puede sustentar semejante proposición?

Hay un encanto secreto en el fondo de los sufrimientos, así como en el fondo de los placeres se oculta cierto dolor, porque la naturaleza del hombre es la miseria.

El que padece por Dios tiene la ventaja de hallarse siempre dispuesto á su última hora: ventaja no concedida á todos los desgraciados.

Las grandes aflicciones abrevian al parecer las ho-

ras, como asimismo las grandes alegrías, porque todo lo que impresiona enérgicamente el alma impide contar los instantes.

Preciso es tener un corazón elevado para derramar ciertas lágrimas: no de otro modo el manantial de los ríos caudalosos se encuentra en la cumbre de los montes que se avocinan al cielo.

El alma del hombre es trasparente como el agua de una fuente, mientras no se remueven las amarguras que oculta en su fondo.

La sencillez procede del corazón, la ingenuidad nace del espíritu; un hombre sencillo es casi siempre un buen hombre, siendo así que un hombre ingenuo puede ser un malvado; no obstante, la sencillez es siempre natural, y la ingenuidad puede ser efecto del arte.

Hombres hay que no son elocuentes porque su corazón habla muy alto, y les impide oír lo que dicen.

Pide al arrepentimiento la túnica de la inocencia, pues él es quien la encuentra y devuelve á los que la han perdido.

Acariciar la virtud sin ser capaz de amarla, es estrechar las hermosas manos de una jóven con las rugosas de la senectud.

Entrando los trabajos en el órden de nuestros destinos, los que se proponen olvidarlos y se ocupan del porvenir, no reflexionan que no verán este porvenir. Cada cual entrega á otro, al morir, el peso de la vida: en cada sepulcro hay un hombre que recibe la carga de la mano del que va á descansar para siempre, y el nuevo mensajero, lleva á su vez esta carga hasta el sepulcro que le espera.

Todos los hombres se adulan á sí mismos, todos tienen en los labios esta frase banal: «¡Cuanto dista esta época de tal otra!»—¡Cuánto dista! ¿Tan larga es acaso la duración de la vida?

El árbol se desnuda hoja por hoja: si los hombres contemplasen todas las mañanas lo que han perdido el día anterior, conocerían á fondo toda su pobreza.

El hombre no abriga interiormente aversión alguna contra la muerte, y aun experimenta cierto placer en morir. La lámpara que se apaga no padece.

La muerte, en las creencias de los salvajes, es una mujer alta y muy hermosa á quien solo falta el corazón.

Las cenizas de un difunto, sea cual fuere la antigua condicion de este, son sagradas. El polvo de los tiranos da lecciones tan interesantes como el de los buenos reyes.

Hay dos puntos de vista desde los cuales la muerte se muestra muy diferente. Desde uno se la ve á la extremidad de la vida, como un fantasma á la de una larga alameda: parece pequeña en lontananza, pero á medida que nos acercamos á ella se agiganta, y el inmenso espectro concluye extendiendo sobre nosotros sus yertas manos, que nos ahogan.

Desde el otro punto de vista, la muerte parece enorme en el fondo de la vida; disminuye, pero á medida que caminamos por ella y próximos ya á tocarla, desaparece. El necio y el sabio, el cobarde y el valiente, el impío y el buen cristiano, el hombre dado á los deleites y el virtuoso, ven pues, de diferente manera la muerte en la perspectiva.

La voz del hombre no se reanima como la del eco: este puede dormir diez siglos en el fondo de un desierto, y responder al punto al viajero que le pregunta, pero el sepulcro jamás responde.

Tú, que diste tu vida y tu muerte por los hombres; tú, que amas á los que lloran, ¡escucha la plegaria del desgraciado que sufre á tu ejemplo! sostén el peso que le abrumba, y sé para él el Cirineo que te ayudó á llevar la cruz en el Gólgota!

FIN.

LOS CUATRO ESTUARDOS,

POR F. A. DE CHATEAUBRIAND,

TRADUCIDOS

POR DON MANUEL M. FLAMANT.



CHATEAUBRIAND.

MADRID.

IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES

calle del Príncipe núm. 4.

1854.